



—No me engañes—le dijo.—Es indigno de ti  
é indigno de mí.

en ella, era la primavera. Ahora es el otoño; las viñas vírgenes daban á las paredes un reflejo es-carlata, las flores de los plátanos se destacaban de las ramas, los tintes oscuros habían remplazado á las rosas y al verde claro.

—Las lilas están cortadas—dijo Germana es-forzándose por aparecer alegre.—Adiós sueño de una hora, has acabado.

Y rompiendo á llorar se echó al cuello de su amante y ocultó la cabeza contra su pecho.

El duque era horriblemente escéptico, pero no pudo substraerse á la emoción que se apoderaba de él, y sus lágrimas se confundieron en un último beso.

XXVI

REVELACIÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

**E**L castillo de Rochebonne es una de las resi-dencias más hermosas de Francia.

Situado en la Somme, poco más ó menos á me-dio camino entre la villa de Eu y la de Saint-Va-lery, está construído en una altura desde la cual se domina el mar.

El bosque, de tres leguas de largo, que lo ro-dea, está cortado por pantanos en donde, en casi todas las estaciones, se cazan innumerables clases de pájaros y patos.

La finca es de valor considerable, y quedan muy pocas de esta importancia.

Haciendas excelentes, pastos hermosos dependen de ella, y la vecindad de la Mancha le da mucho más valor.

En la extremidad de una escarpadura rodeada por uno de los afluentes del Somme, la Sauldre, que es más bien una continuación sucesiva de estanques que un río, existen todavía las ruinas de una especie de convento fortificado ó de un castillo, cuyo torreón casi intacto es una de las especialidades más curiosas de la arquitectura militar de la Edad Media.

El gran castillo nada ofrece de extraordinario. Su posición vale más que su forma.

Es un inmenso cuadrilátero, con torres en los cuatro ángulos. Las murallas son de espesor extraordinario: pueden resistir á los más violentos huracanes del mar.

Los vapores salinos de la costa han blanqueado sus muros, lo mismo que las pizarras de los techos.

Una ancha escalinata de granito, de doble revolución, circular, fuerte y curiosamente trabajada, da acceso al vestíbulo.

Esta construcción data del reinado de Enrique IV.

Es una de las más vastas viviendas de la Picardía, y el dominio es el más extenso de la provincia.

Allí se disfruta de todas las ventajas de la hermosa y sana campiña, y sobre todo de la caza, muy abundante en los bosques.

El 20 de Septiembre, la antigua mansión estaba animadísima.

Los cocineros, con sus gorros y sus trajes blancos, se encontraban en sus puestos. Desde las en-

cendidas hornillas, las salsas exquisitas esparcían olores apetitosos.

El negro de la duquesa estaba en sus glorias, y con su chaqueta de cuello encarnado se paseaba orgullosamente, como un personaje de importancia, en medio de los jardineros y de los campesinos empleados en el cuidado del parque y de los parterres. Había entre él y aquellos subalternos la distancia que separa al servidor de confianza de su amo y los criados dedicados al cultivo de sus dominios.

El negrito era cada día más feo y más cazarro. Giuseppa Trani estaba más hermosa que nunca. Se mostraba en todo su esplendor, con una amplitud de formas perfecta, un brillo en los ojos capaz de tentar al más indiferente.

Se leía en su rostro una alegría que la transfiguraba.

Andaba ligeramente por las terrazas del lado del mar, que sostenían murallas de granito de veinte metros de altura; experimentaba alegrías de niño al ver las gaviotas que pasaban volando sobre su cabeza, aunque el castillo se hallaba á tres kilómetros del acantilado.

Serían las cuatro de la tarde; la duquesa estaba sentada bajo un grupo de tilos, delante del castillo. El sol alumbraba las ruinas, que se veían en lontananza por un ancho boquete abierto entre el follaje. El cielo era azul y despejado. Por un lado se divisaban las aguas de los estanques; por el otro lado el mar, que extendía hasta lo infinito sus aguas brillantes, sobre cuyas olas parecían relucir lentejuelas de plata.

La duquesa contemplaba, sin cansarse, el espectáculo, siempre nuevo, que se desarrollaba

delante de ella. Miraba fijamente el movimiento de las aguas, cuando uno de sus invitados se acercó á ella y, con la educación exquisita de un hombre de mundo, la dijo:

—¿Está usted admirando, duquesa, lo mucho que hay que admirar aquí? ¡El efecto es maravilloso!

—Verdad—dijo Giuseppina con la malicia de una colegiala que quiere jugarle una mala partida á una de sus celadoras.

—Esta propiedad de Rochebonne es única. Hay de todo: mar, bosques, árboles, sol, pantanos verdes en verano, inundados en invierno. ¡Qué desgracia que ese pobre Fernando no tenga un heredero á quien transmitírselo!

—¡Bah! ¡Quién sabe!—dijo con orgullo la italiana.

Saville, pues era él—estaba en Rochebonne desde hacía una hora,—hizo una mueca muy diplomática. Sabía ó creía saber á qué atenerse.

—¿Á quién espera usted aquí?—preguntó á la duquesa.

Á mucha gente. Vendrán varios amigos á comer, á las siete: Chateaufort, Courcelles, el marqués de Roiville, madame Storr...

—Entonces veremos á Pradine.

—El príncipe está aquí.

—¿Desde cuándo?

—Vino ayer con nosotros.

—Deberían ustedes casarle. ¡Buen nombre, gran fortuna! ¿Es verdad que tiene minas de oro en el Oural?

—No lo sé.

—¡Bah! Creía que le contaba á usted sus negocios.

—Sí, pero nunca habla de sus bienes. Puede usted interrogarle; allí viene.

—¿Le quiere usted mucho?

—En efecto, es muy afectuoso, muy delicado. Á veces esos extranjeros valen más que nosotros, y sus formas son más caballerescas. Creo al príncipe Pradine capaz de acciones nobles y grandes.

Pradine se acercaba dando el brazo á Marietta. La colegiala unía á los atractivos de una mujer las gracias de una niña.

Estaba encarnada por la animación. Agitaba con la mano izquierda un abanico de encajes que el príncipe le había enviado algunos días antes y del que no se separaba.

Marietta era una belleza completa, lo mismo que su hermana.

Sus formas esculturales parecían la obra de un artista divino. Se admiraba su esbeltez, sus finas extremidades y el óvalo de su cara, donde todas las facciones eran perfectas.

—Hacen buena pareja—dijo Saville á la duquesa.

—Marietta quiere al príncipe tanto como yo. ¡Es tan bueno con ella! La visitaba todas las semanas en el Sagrado Corazón y la llevaba muchos regalos. La regalaba cestas de bombones de casa de Gonache ó Boisier. Tenía para todas sus compañeras y los distribuía en seguida, porque es de una naturaleza generosa.

—¡Como el príncipe! Se entenderán á las mil maravillas.

Pradine y Marietta entraban en la terraza. La duquesa les llamó, levantándose.

—¿Quiere darme el brazo?—le dijo al príncipe.

—¿Me lo quieres quitar?—dijo Marietta confusa.—Tenemos que hablar; déjanos.

—¿De qué habláis?

—Del matrimonio.

—Tienes tiempo todavía para pensar en eso, querida mía—dijo la hermana mayor.

—Es verdad. Pero el matrimonio no se ha hecho para mí—suspiró la muchacha.

—¿Por qué?—preguntó Saville.

—Porque soy pobre, y cuando se es pobre se queda una para vestir imágenes.

—¿Es eso lo que os enseñan en el convento, Marietta?

—Seguramente. No se oye hablar más que de dinero. Hay señoritas de agentes de cambio que sólo hablan de Bolsa. Cierto que á mí no me importa eso. No tengo un cuarto.

—No hay que desesperar, Marietta—dijo el príncipe.—¿No es usted la hermana de Giuseppina y Giuseppina es duquesa?

—Es verdad, ¡pero es tan guapa Giuseppina!

Se echó en sus brazos y la cubrió de besos. Aquel grupo era el más delicioso que podía concebir un artista.

La duquesa cogió el brazo de Pradine y se le llevó hacia las ruinas.

—¿Quiere usted que visitemos las ruinas?—le preguntó.—falta todavía una hora para comer.

Y como Marietta quisiera seguirles,

—Déjanos—le dijo:—yo también tengo que hablar con el príncipe.

Y luego en voz baja añadió:

—Eres ya bastante crecida y puede ser que hablemos de ti.

Pradine se alejó por entre los paseos de árboles

y desapareció con la duquesa en el final de una avenida de olmos que formaban una bóveda oji-val á más de treinta metros de altura.

Pero alguien había ido antes que ellos á las ruinas del convento.

Era el duque.

Desde que saliera de París echaba de menos á Germana. La fisonomía dulce de la muchacha la tenía impresa en su alma, con esa aureola que da el alejamiento de la persona amada.

En la misma mañana de su partida la había escrito una carta anunciándola que no la volvería á ver, pero no había tenido valor para enviársela. Tenía la carta en su bolsillo, y le daban tentaciones de romperla.

Necesitaba estar solo. Ese día se había entregado á sus ideas melancólicas y las paseaba, buscando la soledad, en aquellos claustros destruídos, de los que no quedaban más que algunas columnas y trozos de los muros.

Llegado hacía un momento, un rumor de conversación le distrajo de sus pensamientos. Dos paseantes entraron en el patio interior de las ruinas mientras él se escondía detrás de los restos de la pared de una sala que debía haber sido el rectorio de los frailes.

Los paseantes se sentaron á pocos pasos de él, en un banco de granito que permanecía en pie entre el césped que crecía por todas partes.

Eran Giuseppina y Pradine.

Se podía ver en la fisonomía del príncipe cierta inquietud. Se preguntaba qué confianzas tenía que hacerle la duquesa con tanta solemnidad.

—Giuseppina, ya no me quiere usted—la dijo.

Ella le dirigió una sonrisa, levantó los hombros, se mordió los labios, sus labios como los clavos rojos.

—Pero, amigo mío, está usted equivocado; nunca le quise.

La cara del ruso expresó una sorpresa muy natural.

—Sin embargo, había creído... — balbuceó.

Se detuvo ella moviendo la cabeza y levantando el índice hasta la boca.

—Sí, esperaba esa contestación. ¡Había usted creído!... ¡Las apariencias engañan! Pero se ha equivocado. Hay muchas cosas que uno cree que existen y no existen. Son quimeras. Ha vivido usted uno ó dos meses en el mundo de las quimeras. Hay que olvidarlo. ¿Me oye usted? Es necesario. Yo nunca le he amado; yo nunca le amaré. ¿Comprende?

—No.

—Bueno; usted me ama, ¿verdad?

—Sí.

—Lo ha creído usted. Lo mismo da.

—No, la amo, Giuseppina, con toda mi alma.

—Sea. Pero hágame un favor. No trate usted de comprender. No hay más que un hombre en el mundo á quien yo amo, y ese hombre es mi marido. Más tarde, dentro de veinte años, si estamos todavía en este mundo, le explicaré este enigma. Por el momento se acabó. Cuando le digo que no le amo, le debo una explicación. Le quiero como á mi mejor amigo, como á un corazón noble. En conciencia, no puede usted exigir más.

El príncipe era presa de una agitación rara; creía que todo era una alucinación, una pesadilla.

La vista de la duquesa, de aquella mujer her-



[...No hay más que un hombre en el mundo  
á quien yo amo...

mosa á quien había visto tan apasionada y que ahora le hablaba con tanta calma y frialdad, le dejaba estupefacto.

—¿Qué cambio era ése?

—Veamos, Giuseppina, esto es un juego. Yo no puedo creerla. ¿Quiere usted ponerme á prueba?

—No, nada hay más cierto.

—Entonces estoy dormido. No es usted la que está ahí, es su sombra. ¡Esto es un sueño!

—¡El pasado sí que es un sueño! Óigame. Es menester que tenga usted fe y que me obedezca ciegame; es preciso que me crea. Sí, se ha equivocado usted, amigo mío. Se ha alucinado con una tontería; ha leído una novela que le ha seducido. Su buena fe le ha transportado una noche á un país encantado. Ha vuelto usted á la realidad. ¿Dónde estamos?

—En su casa, Giuseppina.

—No, en casa del duque Fernando de Rochebonne. El duque tiene para con usted una gran estimación, la confianza de un amigo. No puede usted abusar de esta confianza, usted, un caballero de los tiempos pasados. ¿No es verdad?

—¡Es decir, que no sé si existo ó si me vuelvo loco!

—Yo—prosiguió la duquesa—se lo debo todo á Fernando, y le quiero á él solo. No es perfecto; pero ¿dónde hay un hombre que lo sea?

—Señora—dijo el príncipe,—me destroza usted el corazón. Le suplico que me explique todo esto. Hay aquí un misterio que se me escapa.

—Dentro de veinte años—dijo la italiana.

—¡Pero eso es la eternidad! De aquí á allá perderé el juicio.

—Yo le he prometido ser su amiga, si lo quiere.

—¿Nada más?

—Nada más. Sólo para justificar esta amistad, pues hay un tirano, un déspota receloso que sospecha de nosotros, hace falta un pretexto. Su continua estancia á mi lado, sus asiduidades en París, nuestros paseos, han sido mal interpretados. Mire: el marqués de Roiville, esa mala lengua, me lo indicaba hace un momento. ¿Sabe usted lo que decían en Deauville, de donde viene de casa de la duquesa de Arcos?

—¿Qué decían?

—Que es usted... nada menos.

—Pero ¿quién lo decía?

—Todos y todas.

—Un nombre.

—Escoja el que quiera. ¿No he citado á Fresnois, ese marqués que siempre va acompañado de mujeres alegres?

—Le mataré.

—¿Con qué derecho? ¿Es usted mi marido? ¡Qué escándalo! ¿Quiere perderme? No, hay que inventar otra cosa. Busque usted.

—¿Una razón para esas asiduidades que la comprometen?

—Sin duda.

El príncipe reflexionaba.

Rochebonne no perdía una palabra de esta conversación.

Al cabo de medio minuto, Pradine levantó la cabeza.

—Giuseppina—dijo,—creo que he encontrado el medio de salvar á usted. ¿Quiere usted concederme la mano de su hermana Marietta? La pro-

meto amarla como un hombre honrado, aunque sólo habrá en mi vida un amor. ¿Cree usted que el mundo estará satisfecho?

—Tiene usted un corazón de oro; pero Marietta es pobre como yo lo era.

—Lo que ha hecho el duque, ¿cree usted que soy incapaz de hacerlo yo? Soy rico por los dos.

—Es casi una niña.

—Mañana será una mujer. Esperaré.

—Tiene usted contestación para todo. ¡Qué feliz será Marietta! Tendrá el derecho de amarle; tentada estoy de tenerla envidia.

El príncipe cogió la mano de Giuseppina y la besó.

—¿Hablará usted á Marietta?

—Esta noche.

—¿Me responde usted de su consentimiento?

—Con dos condiciones, sí.

—¿La primera?

—Es que no me volverá usted á hablar de amor. Júrelo.

—Puesto que lo exige usted...

—La segunda es que, después de casarse, pasarán un año en sus propiedades de Crimea.

—Puesto que también lo exige usted...

—¿Concedido?

—Sí—suspiró el príncipe.

—Es usted un caballero.

La comida se servía en el comedor del castillo, que era un inmenso salón.

La mesa estaba resplandeciente.

La vajilla de plata con las armas de Rochebonne, las cestas de flores, diseminadas en profusión, y la brillante cristalería, se destacaban sobre el mantel, de deslumbrante blancura.

La duquesa, muy descotada, con traje de baile, no tenía sonrisas más que para su marido.

Pradine estaba al lado de Marietta, que le miraba con ojos de niña enamorada.

Su hermana no le había dicho más que una frase:

—Marietta, ¿quieres casarte?

Ella había contestado:

—Sí, con tal que sea con mi amigo el príncipe Pradine. Te ha dicho algo, ¿verdad?

Había comprendido que ninguno de los que allí había hubiera tenido la generosidad de quererla sin fortuna.

En los postres, el duque se levantó con una copa de champagne en la mano:

—Señoras y señores: si os parece bien, os propongo que bebáis á la salud de los futuros esposos el príncipe Nicolás Pradine y la señorita Marietta Trani.

—Vamos—dijo Roiville á su vecino Courcelles.—Esta boda me produce una gran satisfacción. Contesta á las calumnias que corrían respecto á la pobre duquesa.

—¿Qué calumnias, marqués?—dijo Courcelles.

—Ya sabe usted: unos amores con el príncipe. Yo no lo creía; pero se hablaba mucho de ello.

—¡Ah!—dijo Courcelles con indiferencia,—si hubiera que averiguar todos los amoríos, no tendría un tiempo ni de comer ni de dormir. Por eso yo no me ocupo jamás de esas cosas.

—Es una heroicidad del príncipe esta petición—continuó el marqués con malicia.

—¿Por qué?

—¡Las Trani son tan pobres!

—¡Las Trani son tan bellas!— contestó Courcelles.

A las diez, los invitados de Rochebonne se habían retirado á sus habitaciones. La jornada debía ser ruda al día siguiente. Los animales de pluma y pelo no lo iban á pasar muy bien.

Giuseppa se había encerrado en su cuarto, el cual se comunicaba con el de su marido por el tocador.

Escuchaba los ruidos de fuera, del parque y del bosque, y los chillidos de los mochuelos en los árboles.

Se oyó un golpe tímido en la puerta del tocador.

Ella se levantó precipitadamente, abrió la puerta y se encontró con su marido.

El duque había enviado á Germana su carta por el exprés.

—¡Tú!—le dijo.—¡Qué sorpresa!

—Sí, yo; ¿no me esperabas?

—Lo confieso. Eres tan raro desde hace algún tiempo...

—No se deshonra uno reconociendo sus faltas. Vengo á pedirte perdón.

—Tengo razones para no escucharte.

—Si quieres, Giuseppina, hagamos un convenio.

—¿Uno nuevo?

—¿Por qué uno nuevo?

—¿No me propusiste otro allá en tiempos, no te acuerdas?

—Sí, absurdo. Dejémoslo á un lado, ¿verdad?

El duque inclinó lentamente la cabeza.

—¿Y ese nuevo convenio?—dijo ella.

—Es no hablar nunca del pasado.

—Sea.

—Y vivir como si fuéramos recién casados. La experiencia demuestra, amor mío, que á veces se busca en otra parte lo que se tiene en casa.

—¿Es verdad?

—Completamente.

—¿Desde cuándo?

—Desde un paseo que he dado por las ruinas del convento, ¿sabes?

Por su mente cruzó una sospecha.

—¿A qué hora?—preguntó.

—A las cinco.

Él lo había oído todo.

Ella cogió con violencia las manos de su marido.

—¿No has olvidado tu promesa, Fernando?

—¿Cuál?

—La de adorarme si...

—¡Bah!

—Tu doctor Guérin se equivocaba como un médico de pueblo. ¿Me amarás ahora?

—¡Como un loco! Lo he dicho. Cumpliré mi palabra.

—Y además, ¿no valgo tanto como las otras?— Soy tu mujer, soy algo tuyo, de la que puedes estar orgulloso, dispuesta á satisfacer tus caprichos, á obedecerte, aunque tus órdenes me lastimen en el fondo del corazón. ¡Di, voluble!

—¡Eres un ángel!—exclamó el duque estrechándola en sus brazos,—y no lo olvidaré.

Y como en él la malicia no perdía nunca sus derechos, añadió interiormente:

—Saville es el que no va á estar contento.

Dos días después, en Trouville, el duque le



daba una estocada al marqués de Fresnois, que le obligó á guardar cama seis ó siete semanas, por haber hablado con ligereza respecto de la duquesa.

El honor de Rochebonne estaba á salvo, y brillaba con nuevo lustre.

¡Así va el mundo!

## XXVII

### ABANDONADA

JOSSELIN tenía en la mano un telegrama misterioso, como la carta que había recibido varias semanas antes.

Este telegrama, expedido en Eu, contenía las siguientes palabras:

*Finita la commedia.*

*L'amica trabasciata, ricca, libera.*

Al entrar en casa de la señora Joseph, Josselin iba triunfante, con una alegría malsana.

No dudó un momento de que fuese la duquesa la que había puesto el telegrama. Solamente ella podía hacerlo. Casi era compatriota suya, y cuando anima á los italianos el ardor de sentimientos de odio ó de amor, no andan con escrúpulos para escoger el medio de poner en práctica aquello que proporciona una satisfacción. Lo que nos parece infame, á ellos les parece lo más recto del mundo. La intriga es su elemento.

—¿Qué le sucede, señor Josselin?— le preguntó la portera:—¿acaso alguna buena noticia?

En efecto, la cara del cajero se había iluminado; disfrutaba con la desgracia de Germana.

Los términos del telegrama eran bien claros.

Había sido abandonada, dejada—*trabasciata*.—Se habían cansado de ella. La habían agradecido lo que había hecho y le habían ofrecido una indemnización—*ricca*.—Se había dejado coger en la red que la habían tendido, pero el telón había caído en el último acto de la comedia, en el del abandono—*¡Finita la commedia!*

Josselin estaba encantado; ¡otro le proporcionaba la venganza! ¡Era cosa tan dulce para los de su tierra!—¡rabiosos, violentos, rencorosos!

¡Cómo la vejaría ahora con sus palabras de doble sentido, comprensibles para ella solo! ¡Cómo la haría sangrar con sus alfilerazos! ¡Ah!, Germana le había devuelto sus cartas sin leerlas. ¡Le había anonadado con su indiferencia! ¡Ahora él tenía la revancha; le había llegado la vez!

—¿Le sucede á usted algo bueno?— añadió la portera.—¿Alguna herencia, sin duda?

Sus labios se plegaban con ironía, y sus ojos centelleaban.

¡Una herencia! Pudiera ser. La palabra del telegrama—*libera*—no significaba otra cosa. Germana estaba libre; sería del primero que llegase; estaba vacante, como una casa sin inquilino.

—No, señora Joseph— contestó.—Es porque le sucede una cosa mala á otra persona.

—Y esa noticia ¿le causa á usted alegría?

—Una alegría enorme.

—¡Creía que era usted bueno!

—No. Me he vuelto malo. Esa desgracia le su-